



DISCURSO DÉCIMOSEXTO

DE HUIR LAS OCASIONES

Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet.

Cuando el fuerte armado guarda la entrada de su casa, seguras están todas las cosas que posee.

(Luc., XI, 21.)

EXORDIO

SIEMPRE me pareció muy discreto y avisado el consejo del otro filósofo ateniense ¹, el cual, como hubiese escapado con vida de una brava tempestad, donde, roto el timón, quebrado el mástil, perdidas las jarcias, estuvo á pique de anegarse, llegado venturosamente á su casa, ¿sabéis lo primero que hizo el escarmentado náufrago? Mandó tapiar al punto y cerrar á piedra y lodo las ventanas, que miraban al mar, vista hermosísima por cierto, por temor, decía, que, viéndolo de ahí á poco sosegado y bonancible, no le viniesen tentaciones de embarcarse otra vez.

Sé muy bien, oyentes amadísimos, que en este sagrado tiempo de cuaresma, los más, y aun osaré decir casi todos vosotros, movidos, ya de las eficaces razones de los ministros del Señor, ya de los ejemplos saludables que habéis visto, vais saliendo, aunque no sin forcejar, del miserable naufragio de la culpa. Pero ¿imagináis con esto que me fio totalmente de vosotros? No, hermanos míos, no. Antes re-

Legítimo, por ilustración ó parábola del náufrago.

que cerró las ventanas que daban al mar.

Excita la atención.

Granjense la benevolencia;

¹ Troquilo, discípulo de Platón.

(semillas de los afectos)

la docilidad.

Fin del discurso.

Segunda ilustración, comprobación de la primera.

El Fuerte que guarda el atrio.

Afectos de temor insinuados.

Proposición.

céleme que, recién salidos del pecado, y tornándolo á mirar con otros ojos, no imitéis, ¡oh incautos pecadores!, á los que, huídos milagrosamente de las tempestuosas olas, siéntanse en la playa á recoger las despedazadas velas y á remendarlas con presteza, para fiar su vida al alborotado elemento, cuya infidelidad experimentaron poco antes. Vengo, pues, hoy á exhortaros muy encarecidamente á que cerréis las ventanas y postigos todos que miran hacia el mar; vengo, para hablar sin metáforas ni rodeos, vengo á pedirlos que huyáis las ocasiones todas de reincidir en las antiguas culpas; porque, una sola que quedase en pie, sería bastante á arrastraros de nuevo y á haceros prevaricar del camino comenzado.

No se me esconde que á muchos parecerá demasiado rigor y exagerada pretensión la mía de querer vedar hasta una vista desmandada; pero el Evangelio os atestigua lo contrario, y os hace saber que el medio único de vivir en paz es tener cerradas las puertas y amurallado el corazón contra los acometimientos exteriores. *Dum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet*: Mientras que el fuerte armado guarda su atrio, seguras están todas las cosas que posee. ¿No habéis notado cómo no dice, mientras guarda las piezas interiores, los apartamientos retirados, sino el atrio ó zaguan exterior? Porque, en metiéndose la tentación dentro de casa, ¿quién puede resistir á ella? ¿Queréis, pues, que vuestra conversión sea verdadera, y firme y estable? No hay más arbitrio que éste, conviene á saber: que dejéis, no sólo el pecado, mas juntamente cuanto pueda con facilidad provocaros á pecado. Si esto no cumplís, creedme, vuestra conversión es vana. ¿Por qué? Porque, si escucháis con atención mi razonamiento, veréis clarísimamente ser **gran arrogancia y temeridad confiar que os mantendréis sin pecado entre las ocasiones de pecar.**

PRIMERA PARTE

II

Arg. 1.º
De los adjun-
tos.

Propos. mayor.
El objeto delei-
table, presente,
ejerce gran fuer-
za y casi rinde el
corazón:

por autoridad y
ejemplo de Aris-
toteles:

por experiencia
cotidiana de to-
das las pasiones.

Conclusión por
epifonema y sen-
tencia.

Los objetos deleitables tienen esta propiedad, que puestos ante los ojos, dificultosamente juzgamos con rectitud si deben abrazarse ó rechazarse; porque con su presencia, como con encanto dulcísimo, fascinan los sentidos, turban el entendimiento, y ganan y aprisionan la voluntad. Así lo enseña el Filósofo¹, y trae para confirmación de ello el ejemplo de los troyanos, los cuales, ausente la famosa Elena, jugaron sabiamente que debía ser lanzada de la ciudad, para conjurar de ella la ira de los hombres y los dioses; pero, cuando vieron con sus ojos aquel portento de hermosura, acordaron los ciegos consejeros que debían retenerla consigo, á pesar y despecho de toda la irritada Grecia.

Mas ¿quién no experimenta cada día la fuerza de esta verdad? ¿Cuánto más dificultoso es á un hambriento abstenerse de comer ante una mesa regalada, y al calenturiento privarse de beber, teniendo delante el vaso lleno? Lejos del tablero fácilmente propone esotro jugador jamás llegarse á los dados, causadores de su ruina; dados que aborrece, que detesta, que maldice; mas, cuando los mira entre las manos de su ruin compañero, ¿quién le detendrá que no vuelva súbitamente al detestado juego? Asimismo es más difícil, presente el ofensor, reprimir la ira, y presentes los montones de oro, abstenerse de injusticias, y entre los aplausos y li-sonjas no engreirse, y ante el objeto peligroso conservar limpio el corazón. ¡Tanto es el hechizo de las cosas deleitables si están presentes! Cuando se codicia desordenadamente alguna cosa, así dice San Gregorio, la presencia misma de la hermosura codiciada atiza poderosamente y acrecienta el mal deseo².

¹ Arist. Lib. Eth., c. 9.

² Ad hoc, quod male concupi scitur, praesentia concupitae formae validissime famulatur. Dial. L. 3, c. 7.

Confirmase por el modo con que fue tentado J. C.

Y que ello sea así, convéncese manifiestamente de aquella tentación y postrer asalto del demonio para rendir á nuestro divino Redentor en el desierto. Prometióle el señorío del mundo, si postrado en tierra le daba adoración. Mas antes ¿qué hizo el muy astuto? Llévóle consigo á la cumbre de un monte altísimo, y desde allí, mostrándole uno á uno todos los reinos y provincias, todos los estados y regiones del universo, hízole su malvada proposición. Y ¿á qué tanto trabajo? ¿No podía hacer lo mismo y proponerle su intención dañada en las espesuras de un bosque ó en las profundidades de una caverna? Aquí como allí pudiérale decir, como enseñándole el mapa de todo lo descubierto de la tierra: En tres partes se divide hoy la redondez del mundo, que son: Europa, Asia y África. El Asia, que es la más dilatada, encierra tales y tales provincias; tales el África, la más desconocida, y tales Europa, la porción más bella. Encuéntanse en ellas éstas y esotras riquísimas provincias, vegas deliciosas, ríos de abundante y regalada pesca, mares espaciosos, que por todas partes las rodean; y tras de este mundo conocido hay otro ignorado de los hombres, donde se ocultan minas inagotables de oro y plata, pueblos infinitos, curiosidades y maravillas sin cuento. Pues todo esto te daré si, doblando tu rodilla, me adoraes: *Hanc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*¹. Mas ¿por qué no se contentó el demonio con esto, sino que quiso poner á la vista del Salvador cuanto le prometía, enseñándole todos los reinos del mundo: *ostendit illi omnia regna mundi*, y á este fin condújole por los aires á un monte tan escarpado y altísimo, que, si creemos á San Crisóstomo, fué el más levantado de la tierra: *in montem excelsum valde*? Porque sabía el taimado cuánta es la fuerza del objeto presente, y que, sojuzgados los sentidos, con facilidad se conquista el corazón.

Consecuencia por testimonio y transición á la

Propos. minor. Es las ocasiones tenéis presente el objeto delectable

Tal es, pues, vuestra condición, oyentes míos, viviendo entre las ocasiones de pecar. Tenéis á la continua delante de los ojos, y casi traéis en las manos el objeto delectable; oís sus voces lisonjeras, veis sus encantos, sentís sus cari-

¹ Math. IV, 9.

cias y atractivos, ¿y esperaréis resistir á sus halagos? ¿aburrerlos? ¿desecharlos? Arrogancia es, clama contra vosotros, justamente indignado, San Jerónimo; porque nuestro corazón piensa naturalmente aquello que los ojos ven, que los oídos oyen, que huele el olfato, que toca el tacto, que gusta el paladar, y es arrastrado el apetito de aquello que le deleita y aprisiona¹. ¿Cómo, si esto es así, os prometéis derramar vuestra vista á toda suerte de profanidades y no sentir alguna complacencia? ¿Cómo leer en las novelas todo linaje de amorosas aventuras y no recrearos? ¿Cómo escuchar largas horas aquellos cantares livianos y no ablandarse ni prendarse vuestro corazón? Decidme, os ruego: ¿quién os promete tal fortaleza de diamante? Respondedme, porque por ahí determinaremos si nace vuestro atrevimiento de esperanza justa ó de presunción temeraria.

alucinimia:

confirmación

por autoridad.

Conclusión: Luego difícilmente resistiréis.

Luego sola temerarios.

III

Arg. 2.º De la fragilidad sumamos en forma de refutación.

Ciertamente, siendo universalísima la regla que acabamos de asentar acerca del poder avasallador del objeto presente, fuerza es decir que vuestras esperanzas, si no son temerarias, estriban en razones privadas de *grac monta*. Decidme, pues, ¿en qué esperaréis al arrojaros tan osadamente en medio de las ocasiones? Pero no es menester que os embaracéis en responderme; si no me engaño, apóyase vuestra confianza ó en vuestra propia virtud ó en la divina gracia. La primera os hace fuertes, la segunda os arma y defiende. Parécenos, sin duda, ó que tenéis tan domadas las pasiones que no se rebelarán por ningún accidente, y esto os hace fuertes y de bronce; ó que Dios os ampara siempre con tan singular protección que jamás os abandonará, y esto os hace inexpugnables. ¿No es así, oyentes míos? A la verdad, no veo en qué razones más poderosas pueda estribar vuestra confianza. Ponderemos, pues, el peso de ellas, y veamos si os podéis tener por tan

— Podré resistir.

Resp. por dilema. O confiáis en la propia virtud ó en la gracia.

¹ Sensus enim noster illud cogitat, quod videt, audit, odoratur, gustat, attrahat, et ad ejus rei trahitur appetitum, cujus capitur voluptate. Lib. 2 adver. Jovin.

fuerres y bien armados que no sea menester guardar el atrio.

No en la virtud propia: a comparatione.

Los mayores santos temieron y huyeron las ocasiones:

por inducción general,

particular de San Jerónimo:

repetición,

enumeración.

Anticipación.
— Eso es cobardía.

Resp. que aquí los cobardes vencen.

Respecto de las pasiones domadas y sujetas á la razón y ley de Dios, ¿es verdad que las tenéis tan sujetas y domadas? ¿Más por ventura que aquellos santos que pasaban casi toda su vida en oraciones y lágrimas, en penitencias y asperezas? Oso decir que no; mas todavía veo que aquellos santos temblaban ante las ocasiones peligrosas, y llanamente confesaban que no se prometían la victoria, sino luchando á la usanza de los Partos, esto es, no haciendo rostro, sino huyendo del enemigo. Valga por todos la pública protestación de San Jerónimo ¹ respondiendo á Vigilancio, que le preguntaba, ¿qué temía, ó por qué causa, pudiendo vivir holgadamente en la ciudad, como animal sociable, se había emboscado en el desierto, como bestia salvaje?— ¿Sabes qué temo?, respondióle el Santo; temo el verte á ti, temo el oírte, temo no tener virtud para sufrir tu altanería. Y si esto te parece poco, temo los infinitos riesgos de pecar en que tú vives; temo los encuentros de la ira; temo las parlerías ociosas; temo las avaricias insolentes; temo las ambiciones soberbias; temo las miradas procaces; temo, si todo esto te parece poco, temo (lo diré con sus mismas palabras, ya que el Santo no se avergonzó de escribirlas) que no me enlace la vista de la meretriz, y su hermosura engañadora me precipite en los despeñaderos del pecado: *Ne me capiat oculus meretricis, ne forma pulcherrima ad illicitos ducat amplexus*. Y como instase Vigilancio que aquello no era vencer con gloria, sino huir cobardemente del campo de batalla.—Verdad es, respondióle el Santo; confieso mi gran fragilidad: *Fateor imbecillitatem meam*. No me siento con fuerzas para guerrear en campo descubierto, como tú, con enemigos tan poderosos; porque, si bien podría salir vencedor de la pelea, pero vence en mí el temor de la derrota; que es más acertado en los combates del espíritu huir por no ser vencido, que ser vencido por no huir: *Fateor imbecillitatem meam, nolo spe pugnare victoriae, si perdam aliquando victoriam* ².

¹ Lib. contra Vigil. — ² Ibid.

Si un Jerónimo, pues, hermanos míos, tan poco fiaba de sí mismo en ocasiones al fin no próximas, sino remotas, como la de encontrar en la calle una mujer liviana, ¿cómo vosotros os prometéis seguridad en peligros no lejanos, sino muy próximos, como sería, para seguir el mismo ejemplo, mirar fijamente el rostro de persona de suyo ocasionada, hablar con ella, oír sus razones y conversar con ella familiar y libremente? ¿Cómo no teméis el trato, pues él temía la mirada? ¿Cómo no teméis la visita, pues él temía un encuentro casual? ¿Tenéis acaso más cárdeno vuestro pecho con los golpes de la piedra que San Jerónimo? ¿Tenéis el semblante más flaco y descolorido que el suyo con los ayunos, las rodillas más encallecidas de tanta oración, los brazos más cansados de tanto mortificaros, los ojos más hinchados de tanto llorar? ¿Habéis velado más que él en la meditación de las divinas Escrituras? ¿Cuántas más noches acostumbraстеis vosotros no reclinar los fatigados miembros en otro lecho que el duro suelo? ¿Cuántos cilicios más, cuántas peregrinaciones, cuántos prolijos rezos y penosos ejercicios habéis emprendido para sojuzgar vuestra carne? Y ¿me persuadiréis que tenéis las pasiones más rendidas que ese hombre extraordinario? No lo creo, permitidme que os lo diga, no lo creo, por mucho que lo aseveréis; conque es forzoso que huyáis con Jerónimo, aun dado que le igualéis en fortaleza.

Salvaránse los que huyeren, dijo Ezequiel, y como palomas de los valles posarán en los montes todos los medrosos: *Salvabuntur quae fugerint, et erunt in montibus, quasi columbae convallium omnes trepidi* ¹. Las palomas en las alturas temen menos que volando por los valles. Mas no así los justos. Lo mismo han de recatarse en las cumbres de la más alta perfección, que en la humilde faldá; porque dado que la caridad, cuando es perfecta, lanza todo temor: *Perfecta caritas foras mittit timorem* ², no lanza empero el temor de la culpa, sino el temor de la pena, como dice el Doctor Angélico ³: *Timorem poenae, non timorem culpae*; que al te-

Mas no tenéis tan domadas las pasiones.

las ocasiones en que os ponéis son más próximas;

la sujeción de vuestra carne menor;

(interrogación).

Conclusión de lo dicho.

Todos deben huir las ocasiones imperfectas y purfectos;

por testimonio divino (la paloma de los valles)

por anticipación:

¹ Ez., vii, 16. — ² I Joan., iv, 18.

³ D. Thom. in cap. 8 ad Rom. P. 4.

la caridad acrecienta el temor filial. mor de la culpa, no sólo no lo arroja y despide la caridad, antes lo perfecciona y acrecienta, comoquiera que el que más ama á Dios nuestro Señor, más temeroso anda de perderle.

Confirmar por los motivos que hay de temer. Pero, sea de esto lo que fuere, para que no imaginéis que son éstos mal fundados temores propios de un Jerónimo, de conciencia nimiamente delicada, entended, oyentes míos, que podría presentaros un numeroso catálogo de varones santísimos que, puestos en lances parecidos, no solamente reconocieron con vergüenza su propia fragilidad, mas la confirmaron, por desgracia, con afrentosas caídas. ¿Quién no tiembla al recordar la historia de aquel Jacobo, famoso anacoreta, el cual, ya denegrida la piel y ensortijado el pelo con los horrores de tanta soledad y áspera penitencia, no tuvo pecho para resistir á una ocasión de pecar, y, malbaratando en un punto todo el caudal de merecimientos granjeados en el transcurso de cincuenta años de austerísima vida, pasó de la torpe complacencia al estupro, del estupro al homicidio, del homicidio... cayera sin duda en los abismos de la desesperación, si Dios no se diera prisa á sostenerle?

Jacobo

(reticencia)

Victorino, etc.

por un axioma.

Pues así cayó por los mismos pasos un Victorino solitario, como escribe San Jerónimo; así cayó un Teófilo, así un Tolomeo, así un Macario romano, así también otros, un tiempo santísimos anacoretas y columnas firmísimas, que refiere Paladio, quienes con su ejemplo comprobaron que si es cierto aquel axioma de que ninguno de repente se hace muy santo, *Nemo repente fit optimus*, porque arribar á la cumbre y levantarse sobre las nubes cuesta mucho; pero que no es igualmente cierto aquel otro que dice que ninguno de repente se hace muy malo, *Nemo repente fit pessimus*, porque despeñarse en un abismo cuesta poco: basta dejarse caer por la pendiente.

Consecuencia inmediata.

antítesis)

¿Parécenos ya si fueron temores mal fundados los de Jerónimo, ó basados en ejemplos de funestísimas caídas? Mas si él tenía sobrada razón para temer, ¿cómo vosotros os gloríais de no temer? ¿Cómo vosotros, vestidos ricamente, vosotros, perfumados con aromas exquisitos, vosotros, mecidos en holandas, criados en delicias y regalos, os prometéis en las ocasiones la fortaleza de ánimo que hombres

marchitos y mortificados por amor de Cristo en los yermos y cavernas no osaban prometerse? ¡Oh presunción maldita! ¡oh engreimiento intolerable! Torno á denunciaros con el Sabio que el que confía en sus fuerzas caerá: *Qui confidit in divitiis suis, corruet*¹.

Consecuencia final,

(exclamación)

IV

Y si aquellos santos, tras el logro de tantas virtudes merecimientos que los hacían fuertes, todavía no se prometían del cielo los socorros abundantes, que los armaran y defendieran, ¿quién de vosotros, para tocar la segunda razón en que estriba vuestra confianza, quién se atreverá á prometérselo para sí mismo? Jamás niega nuestro Señor la gracia suficiente á sus criaturas; ello es muy cierto. Debéis, empero, advertir, oyentes míos, que si un fin puede alcanzarse por vías ordinarias, no suele Dios echar mano de medios exquisitos. Regla es ésta general y traza común de la divina providencia, así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia. De aquí que nunca veréis que obre Dios un milagro, cuando sin milagro puede llegarse al mismo término. Ley es de la gobernación del mundo, así dijo doctamente el gran Tostado, que donde falta el humano poder, acuda el divino; por esto solamente se hacen los milagros, cuando no puede humanamente proveerse por otro camino².

Arg. 3.^o
Segunda parte del primer dilema: OS FALTARÁ Y GRACIA EXTRAORDINARIA.

Transición.

Prop. mayor. Dios no hace milagros sin necesidad.

Por autoridad del Tostado.

Y si queréis un ejemplo, entre los innumerables que podría entresacar de las divinas Letras, ahí tenéis el de los Reyes Magos. Bien sabéis que, para encaminarse al portal de Belén, Dios les envió una estrella milagrosa que les sirviese de guía; mas no así para volver á su patria. Ello es cierto, pero no menos lo es que, debiendo hacer su camino de vuelta por sendas acaso más intrincadas, más trabajosas y desconocidas, parece que tenían de la estrella no menor

Por inducción de los Reyes Magos y la estrella

(sustentación)

¹ Prov., xi, 28.

² Scilicet, ubi deficit humana potentia, ibi divina incipit subvenire; ideoque, miracula solum fiunt, quando non potest aliter humanitus provideri. In Matth., c. 13, q. 108.

la ida,

la vuelta:

de San Pedro y el
Ángel del Señor,del Apóstol San
Pablo en el mar,de la losa que cu-
bria á Lázaro.Conclusión de
la mayor.Propos. menor.
Vosotros, arro-
jándoos á peligros
voluntarios,forzáis á Dios á
obrar milagros y
sin necesidad.

(exhortación)

necesidad. ¿Por qué esta diferencia? Para encontrar al divino Infante érales forzoso buscarle en un paraje que ningún hombre les podía señalar, á saber: en la bendita cueva de Belén, tan ignorada en la tierra como celebrada en el cielo, y así dióles el Señor para que los guiase aquella celestial lumbrera; mas para volver á su patria, término de todos ellos conocidísimo, no habían menester de tal portento; podían, en caso de extraviarse, buscar guía, preguntar á los viandantes, enviar exploradores. Así también á Pedro, en la prisión, rompió el Ángel las cadenas que le aherrojaban é hizo pedazos las esposas; mas no le ayudó á ponerse las vestiduras, porque podía él ponérselas por sus manos. Asimismo el Ángel del Señor salvó la nave de Pablo del rigor de la tormenta, y con ella á todos los marineros; pero no les ayudó á desembarcar y tomar tierra, porque á esto bien alcanzaban sus fuerzas é industria. Y Jesucristo nuestro Señor, ¿quién duda que así como pudo resucitar á Lázaro cuatrídvano y hediondo de la lobreguez del sepulcro, podía con igual facilidad alzar la losa que le cobijaba? Mas todavía quiso que el levantarla fuese obra de los circunstantes, por donde les dijo: *Tollite lapidem* ¹, porque éllo no excedía las humanas fuerzas. De esta inducción bellísima se deduce que no hay que esperar un socorro extraordinario, donde bastan las ayudas comunes y acostumbradas.

Así que, volviendo á nuestro propósito, ¿quién ignora que, desviándoos vosotros de las ocasiones de pecar, en las cuales abiertamente os enlazáis y tropezáis, podríais manteneros sin pecado con sólo los auxilios que de ordinario reparte la divina providencia? *Qui cavet laqueos, securus erit* ². Quien evita los lazos, vivirá seguro; así os lo promete Dios en los Proverbios, y su palabra no puede faltar, porque os *Domini locutum est* ³. ¿Cómo pretendéis, pues, una protección especialísima, y fiados en ella os abalanzáis á riesgos voluntarios, como forzando á su Majestad á milagros manifiestos? Si esto no es arrogancia, ¿qué nombre daré á vuestro ciego arrojo? Si la representación ó comedia engendra en vuestro corazón sentimientos no limpios, huid de aquel

¹ Joan., XI, 39.—² Prov., XI, 15.—³ Is., LVIII, 14.

revolcadero; si el juego levanta en vuestro pecho centellas de ira y secreto coraje, apartaos de aquel lugar; si la conversación y plática con tal persona prende en vuestro seno llamas infernales, escapaos del incendio.

¿Queréis que Dios os mantenga ilesos en medio de las llamas, pudiendo vosotros, con no entrometeros, no quemaros? No, católicos, por ninguna manera. Sé muy bien que á los mancebos de Babilonia los conservó en el abrasado horno tan ilesos, que las llamas no tocaron á un cabello de sus cabezas, ni siquiera les dieron molestia con el humo: *Non tetigit eos omnino ignis, neque contristavit* ¹. Conservó al pequeñuelo Moisés en la cestilla de juncos, sin ahogarse en las corrientes del Nilo; conservó á Daniel en medio de hambrientos leones, sin que osaran lastimarle; conservó á Jonás en el vientre de espantosa ballena, sin ningún daño; y lo que maravilla por ventura más, conservó la familia de Noé encerrada en una como jaula de osos y jabalíes, de lobos y panteras, de tigres y leopardos, sin lesión de nadie. Mas no veréis que ninguno de éstos se entrometiese por su antojo en tales riesgos.

De lo cual deduzco esta enseñanza importantísima: que no hay que esperar extraordinaria protección del cielo, cuando uno por su voluntad se pone en la ocasión. ¿Quién puede prometérsela? Quien se pone en ella por razón de su oficio, quien se pone por cumplir la obediencia, quien se pone por ley de caridad. A sus ángeles, dice el Profeta, mandó el Señor al derredor de ti, para que te guardaran en todos tus caminos: *Angelis suis Deus mandavit te, ut custodiant te in omnibus viis tuis* ². ¿Habéis notado dónde dice que seréis amparados y socorridos de los ángeles? ¿En los precipicios y despeñaderos? No; sino en tus caminos, que es decir en los trances inevitables de tu incumbencia y obligación. Quien por cumplir sus antojos se abalanza á las quiebras y peñascales, á las simas y derrumbaderos, ¡ay infeliz, qué pronto quedará sumido en el profundo! He aquí, nos denuncia el mismo Dios por el santo Job; he aquí que sus esperanzas quedarán fallidas, y á vista de todos se pre-

Anticipación y confirmación. Otros se salvaron en peligros próximos;

los mozos de Babilonia,

Moisés,

Daniel,

Jonás,

Noé.

Resp. No se arriesgan por propio antojo, mas por voluntad de Dios.

por autoridad del Salmista,

y del santo Job.

¹ Dan., III, 50.—² Ps. XC, II.

cipitará: *Ecce spes ejus frustrabitur cum, et, videntibus cunctis, præcipitabitur*¹.

ANÉPITICACIÓN
por vía de epí-
dio.
Paralelo entre
Judit y Dina.

1.ª parte, Judit:
retrato;
peligros en otros

en sí.

2.ª parte, Dina:
narración sencila.
exposición,

audo,

desenlace de una
y de otra por alego-
ría.

Conclusión por
antítesis y

sustentación.

Paréceme á este propósito muy oportuno el suceso tan diferente que tuvieron Judit, gloria y ornamento de Betulia, y la otra Dina, hija del patriarca Jacob. Sabido es, cómo osando Judit penetrar en los reales sirios para cercenar, si pudiese, la cabeza al orgulloso Holofernes, quedóse varios días en los campamentos enemigos, cercada siempre de libre soldadesca, ora hablando con los espías, ora con los centinelas y atalayas, ya departiendo con los regios cortesanos, ya conversando mano á mano con el príncipe, y esto ataviada bellísima y ricamente, con sandalias primorosas, con anillos y brazaletes, con perlas y esmeraldas, respirando por doquiera fragancia y hermosura. No hizo, por cierto, tanto la sin ventura Dina. Como llegase, en compañía de sus hermanos, no lejos de la ciudad de Salem, pararon allí cerca y sentaron sus tiendas de campaña en un paraje comprado á este propósito. Aburriase la pobre niña encerrada todo el día en aquellos pabellones, y picóle la curiosidad de salir afuera, únicamente para ver, como sucede, qué tal andaban y vestían las mujeres de aquella región: *Egressa est Dina, ut videret mulieres regionis illius*². Y ¿cuál fué el suceso? Que apenas la inocente paloma salió del nido, cayó, por permisión de Dios, en las garras del sangriento gavilán, que tal fué para ella el desenfadado príncipe de aquella tierra, y, logrando Judit tornarse á la ciudad tan casta como antes, Dina no pudo volver al pabellón doncella.

¿Cómo es posible, oyentes míos, que en riesgos tan inferiores tuviese una la desgracia de perderse, y estuviese firme la otra en peligros tanto mayores? Metióse Judit en medio de un ejército, Dina apenas se desvió del pabellón; Judit fué á conversar con hombres, Dina á ver las mujeres de la tierra; Judit iba muy ataviada para ganarse la gente, Dina no hizo mudanza en el traje; Judit demoró mucho entre las huestes, Dina salió muy de paso y á hurtadillas; y, sin embargo de esto, Dina cayó con ignominia, donde Ju-

¹ Job, xiv, 28.—² Gen., xxxiv, 1.

dit gloriosamente se mantuvo. Y ¿por qué tan desigual suceso, sino porque Judit entró en el palenque por impulso divino, no llevada de liviandad, como nos lo dice el sagrado texto, *Non ex libidine, sed ex virtute*¹; mas la otra de su propio querer y espoleada de mujeril curiosidad, *Ut videret mulieres regionis illius*? Averiguad, si no, una razón más obvia y mejor fundada.

Mas ¿á qué averiguarla, si es constante ley de la Providencia proteger más especialmente al que se encuentra por necesidad en trances arriesgados, que no al osado que los desafía? ¿No guardó á Sara sin manilla de su castidad entre las garras de Faraón?² ¿No guardó á Rebeca, cerca de la casa de Abimelec, que la codiciaba?³ ¿No guardó al casto José entre los halagos de la mala hembra que le quería seducir?⁴ ¿No guardó á Susana de los desenfadados viejos que acechaban á su castidad?⁵ Guardólos el Señor con el escudo de su protección; mas todos estos, ó arrojaron la ocasión por mandamiento divino, como Sara y Rebeca, ó por lo menos no de propia voluntad, como José y Susana. Muy al revés del profeta David, varón no inferior en santidad á los sobredichos, el cual, como se entretuviese, por simple recreación, en mirar desde los balcones de palacio la hermosura de Bersabé, alzó Dios su poderosa mano y dejóle, no deslizar, sino despeñarse en el abismo, primero del adulterio y después del homicidio escandaloso⁶.

Concluid, por consiguiente, muy amados en Jesucristo, de estas soberanas enseñanzas que, si os hallareis por ventura, en ocasiones tales por fuerza y necesidad, ó contra vuestro querer, si invocáis de veras á Dios nuestro Señor, no os faltará su misericordia, de suerte que la ocasión con su mortífera ponzoña no os ofenda; mas, si os aventuráis osadamente y jugáis con la ocasión emponzoñada, ¡ay de vosotros, cristianos!, temblad, temblad os digo, porque es arrogancia y locura esperar auxilios especiales para no ser tocados del infernal veneno.

Sigue la inducción generalizada.
Primera parte.

Sara y Rebeca,

José y Susana,

por interrogación y repetición.

Segunda parte.
David.

Consecuencia final de la 2.ª parte del dilema;

por alegoría de la ponzoña.

¹ Jud., x, 4.—² Gen., xii.—³ Gen., xvi, 26.

⁴ Gen., xxxix.—⁵ Dan., xii.—⁶ 2 Reg., xi.

Exposición oratoria: el encantador mordido de la víbora.

Quis miserebitur incantatori a serpente percusso? ¹ ¿Quién tendrá misericordia del encantador mordido de la serpiente?, decía á sus oyentes el Eclesiástico. ¿Quién se apiadará de él si la víbora le muerde? Y ¿qué significa con esta tan sentida exclamación? Que si á un pobre hortelano ó labrador, si á un viajero ó pastorcillo le muerde una víbora, maliciosamente escondida entre la hierba, todo el mundo le compadece y acude con triaca á remediar su desventura; mas si es mordido un charlatán ó embaucador que por mero entretenimiento la toma en la mano, juega con ella en la plaza pública, halágala, acariciala y se la acerca á la boca

Segunda parte, ó aplicación:

en ademán de besarla cariñosamente, dicen todos á una voz: Bien le está.—La víbora ponzoñosa es la ocasión; no esperéis, pues, del cielo la misma lástima y socorro si la víbora es la primera en acometeros, que si vosotros sois los primeros en provocar la víbora. ¡Y que no acabéis todavía de creerlo! ¡Y que, persistiendo un confesor en negaros la absolución, si no apartáis, estando en vuestra mano, la ocasión próxima, digáis luego que es rígido en demasía, que es intratable, que es indiscreto! ¡Tanto exigís que se fie de vuestra virtud y fortaleza! Pero ¿cómo puede fiarse, si sabe cierto que Dios no os quiere favorecer en tal estado? Escuchad, por vuestro bien, este último argumento, que es el más digno de vuestra atención y vigilancia.

exhortación.

Transición.

Arg. 4.^o
Sigue la 2.^a parte del dilema. Dios no sólo puede no socorreros extraordinariamente, mas no quiere.

Por los efectos. Propos. mayor: Al vedar una acción, vedó también la ocasión.

V

Es constante que al vedar á su pueblo alguna cosa, vedábase asimismo Dios nuestro Señor, por regla general, todo lo que pudiera serle lejanamente ocasionado á que se desmandara en aquello que prohibía. Así, por ejemplo, al vedar á nuestros primeros padres que comiesen del árbol de la ciencia, púoles mandamiento que no lo tocasen: *Præcepit ne langeremus* ². Por el mismo respecto, cuando á los israelitas les prohibió que no adorasen ninguna clase de ídolos ó falsos dioses, mandóles que no los tuviesen cabe

¹ Eccli., XII, 13.—² Gen., III, 3.

sí ¹; y cuando les ordenó que no usasen en la Pascua pan con levadura, añadió que no lo conservasen ²; y si les prohibió subir al monte Sinaí, prohibióles también avecinarse á la raíz ó falda ³; y si vedó aderezar la comida en el sacrosanto día del sábado, por el mismo tenor les prohibió que no hiciesen lumbre; y á los Nazarenos, al vedarles que no bebiesen vino, les vedó también que no gustasen ni el grano de la uva ó de la pasa, no fuese que, engolosinados con la suavidad del fruto, codiciasen luego la dulzura del licor ⁴.

Pruébase por inducción del V. T.

Con mayor solicitud aún ha proveído Dios en el nuevo y sobre todo del nuevo Testamento. Preguntad al glorioso San Crisóstomo ⁵, y os dirá que Jesucristo nuestro Redentor, con la nueva ley de su Evangelio, casi se limitó á ir atajando las ocasiones por donde se vienen fácilmente á quebrantar los mandamientos de la Ley antigua. Veámoslo en algunos ejemplos más señalados. En la Ley vieja se prohibía el homicidio: *Non occides* ⁶. Pero ¿qué acacia? Que no se observaba, por cuanto, irritados los hombres frecuentemente con dichos picantes y palabras ásperas, apenas podían contenerse que no pasasen de las palabras á los golpes, de los golpes á las muertes y derramamientos de sangre. Pues ¿qué hizo el Salvador? Añadió un antemural á este precepto, diciendo así: Sabéis que se dijo á los antiguos: No matarás. Pero os digo de verdad que cualquiera que dijere á su hermano Raca, será reo de consejo público: *Audistis, quia dictum est antiquis: non occides. Ego autem dico vobis, quod omnis qui dixerit fratri suo Raca, reus erit concilio* ⁷. ¿Veis cómo, para desviarnos de matar al prójimo, nos quita la ocasión que suelen dar las palabras injuriosas?

El homicidio;

Ley vieja.

Ley nueva.

Además, en la Ley vieja se prohibían los falsos juramentos: *Non perjurabis* ⁸. Pero los hombres no lo guardaban, porque, hechos á encañecer las cosas y abultarlas, venían con facilidad de la exageración al juramento, del juramento pa-

El perjurio;

Ley vieja

¹ Ex., XX, 3 y 4.—² Ex., XII, 15 y 19.

³ Ib., XIX, 12.—⁴ Num., VI, 31.

⁵ In Matth., XVI, 17 et alibi passim.—⁶ Ex., XX, 13.

⁷ Matth., V, 21-22.—⁸ Lev., XIX, 12.

saban al perjurio. ¿Qué hizo Jesucristo? Puso otro cercado á este mandamiento por las siguientes palabras: Sabéis que á vuestros antepasados se mandó que no perjurasen. Mas

Ley nueva.

yo os digo que no juréis ni aun por un cabello de vuestra cabeza, y que vuestro ordinario hablar sea: sí, sí; no, no. *Audistis quia dictum est antiquis: non pejerabis. Ego autem dico vobis, non jurare omnino; sed autem sermo vester: est, est; non, non* ¹. ¿Veis cómo, para desviarnos de jurar en falso, quita la

La fornicación;

ocasión de los vanos encarecimientos? Allende de esto, en las tablas de la vieja Ley severamente se prohibía el adulterio y la fornicación: *Non moechaberis* ². Pero fué por demás, porque, avezados los hombres á derramar la vista y á fijarla en bellezas transitorias, malamente acertaban luego á no pasar la raya de lo vedado, resbalándose del desordenado mirar al mal deseo, y del mal deseo á peores obras. ¿Qué remedio halló el celestial Legislador? Ptrechó el antiguo

Ley vieja,

mandamiento con este valladar: Sabéis que á vuestros mayores se prohibió que cometiesen adulterio. Pero yo os digo que todo el que mirare la mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón: *Audistis quia dictum est antiquis: non moechaberis. Ego autem dico vobis, quod omnis, qui viderit mulierem ad concupiscendam eam, jam moechatus est eam in corde suo* ³. ¿Veis cómo, para quitar los adulterios, cortó la raíz de las miradas licenciosas? Por donde parece que todo el blanco de la ley de Jesucristo fué poner reparos á la antigua,

Ley nueva.

Conclusión de la mayor.

Cristo edificador de valladares.

alejando las ocasiones próximas de quebrantarla; á lo cual alude por ventura Isaías al profetizar que será llamado el Salvador del mundo edificador de cercaos ó valladares: *Vocaberis edificator sepium* ⁴.

Propos. menor: Esto es declarar su voluntad de no querer socorrerlos:

Y ¿qué se concluye de aquí? Lo que yo precisamente me propuse, es á saber: que Dios nuestro Señor no os favorecerá con su gracia en casos semejantes. Porque, si no, decidme: ¿á qué mandar tan estrechamente que nos apartemos de los riesgos y contingencias, si tenía su Majestad determinado de acudir á nuestro socorro con auxilios extraordinarios, sobreabundantes y señaladísimos? Vanamente, si fuera así, nos apartara tan lejos del precipicio, pues podía

a contraria.

¹ Math., v, 33. — ² Ex., xx, 14. — ³ Math., v, 12. — ⁴ Is., LVIII, 12.

dejar que llegásemos á la orilla y allí proveer que no cayésemos. Podía permitir que mirásemos desenvueltamente cuanto nos pluguiere, que exagerásemos sin medida, que zahiriésemos con libertad, y poner luego su divina mano á fin de que no resbalásemos en deshonestidades, en perjurios, en homicidios. Mas, dada otra divina ordenación, ¿qué quiere darnos á entender el supremo Legislador? ¿No es esto decirnos que nadie se exponga á peligro de pecar, con achaque de que Dios le asistirá? Discurso es éste palpable y evidéntísimo.

Consecuencia de la menor.

Y si es así, como lo es, ¿qué hacéis, hermanos míos? ¿Cómo vivís tan embebecidos y descuidados? ¿Cuándo echaréis de ver que, si no guardáis con vigilancia el atrio, os robarán la casa y moriréis? ¿Esperáis acaso nuevos argumentos? Harto claro habéis visto que ni en la propia virtud que os fortalece, ni en la protección divina que os escuda, podéis hallar fundamento de sólida esperanza; antes bien, los ajenos sobresaltos os enseñan á temblar, y las ajenas ruinas á mirar por vuestra alma.

Conclusión:

epilogo.

¿Qué más queréis? Muy arrojado es, clama San Agustín, quien porfia en pasar, habiendo visto á otros arrebatados de la corriente ¹. Loco es el caminante que se empeña en vadear el río salido de madre, después que vió á los que iban delante arrastrados por el raudal de las aguas. Temerario es el viajero, que osa pasar de noche la espesura de una selva, después de saber que los que iban delante dieron en manos de salteadores y asesinos. Arrojad, pues, esos libros perversos en que malamente os recreáis, libros corrompidos y corruptores, libros impíos y pestilentes; desviaos de esas tertulias y reuniones profanas; renunciad á esos juegos peligrosos; cercenad esa licencia que hasta en las calles públicas con escándalo se acostumbra, y sobre todo, hermanos míos en Jesucristo, sobre todo resolveos varonilmente á despedir y lanzar, pero de veras, pero para siempre, de vuestra casa cualquier trato ó comunicación no conforme á la ley santa del Señor.

CONFIRMACIÓN por inducciones y semejanzas:

exhortación.

¹ Nimum preceptis est, qui transire contenderit, ubi conspexerit alium cecidisse. De singular. cler.

AMPLIFICACIÓN
por vía de pro-
lepsis.—Ya esta-
ré sobreaviso.—

Resp. a compa-
ración y parón,
con la idolatría.

Interrogación y
conduplicación.

Afectos de abo-
minación y de
odio en la

PERORACIÓN

por ejemplo del
que arrojaba sus
riquezas al mar:

No me digáis: Padre, no hay en ello ningún peligro; ya no soy aquél; viviré muy sobre aviso, estaré firme, trataré con la persona que decidís, pero con limpio pensamiento.— Despedidla, os torno á decir, despedidla prontamente; esto exige de vosotros Dios nuestro Señor. Quien de verdad abomina de la idolatría, no hay remedio, ha de arrancarse por el mismo caso de los ídolos. ¡Desdichado Salomón! Por no seguir este consejo, según muchos doctores, se condenó¹. Vuestra idolatría ya sabéis en qué consiste. Al adorar aquella hermosura terrenal, que ha de convertirse en podredumbre y gusanos, celebrándola tal vez con epítetos de celestial y divina, volviendo las espaldas á Cristo, ¿qué hicisteis sino idolatrar? ¿Qué hace, pues, ese ídolo en vuestra compañía? Lanzadlo, lanzadlo al punto: *Auferite offendicula*. ¡Ojalá que arrojaseis también su pegajosa memoria, si queda algún rastro de ella en vuestro corazón! Y aquellas pinturas que adornan las paredes de vuestra casa, con afrenta del nombre cristiano y menoscabo de la veneración debida á los santos y á la Reina de los Angeles, la Virgen nuestra Señora, aquellas figuras y estatuas de vuestros atrios y jardines, ¿qué son, qué representan? Idolatría, idolatría. ¿Y con gente tan ruin en casa queréis que os halle Jesucristo, cuando á la hora de la muerte venga á juzgaros y sentenciaros? ¡Oh desventura! ¡oh infortunio irremediable! No os deseo mal tamaño, porque, en realidad de verdad, quedara muy dudosa vuestra salvación eterna, si murierais, como Salomón, dejando vuestros ídolos en pie. Ea, pues, seguid mi consejo, ó, por mejor decir, el mandamiento de Dios, que os denuncia su expresa voluntad en estos términos: *Idola comminite*², *confringite statuas, sculptilia comburite*³, *disperditte nomina eorum de locis vestris*⁴. Desmenuzad los ídolos, hacéd pedazos las estatuas, echad al fuego los simulacros de madera, lanzad hasta la memoria de sus nombres de vuestras viviendas. Hacedlo así, hermanos míos, arrancad las imágenes ú objetos que pueden emponzoñar el alma y abrid las puertas del infierno; pulverizadlas,

¹ Abul. in 2. Reg., c. 7, q. 14.

² Deut., XII, 13.—³ Deut., VII, 5.—⁴ Deut., XII, 3.

destruidlas, y, si queréis más eficaz remedio, arrojadlas al fuego. Y como el otro filósofo¹ que, echando al mar todas sus riquezas, á cada prenda que arrojaba iba diciendo: *Mergo vos, ne mergar a vobis*: os hundo para que vosotras no me hundáis; así también, al entregar á las llamas los ídolos de vuestro corazón, repetid con gran pecho y entereza: *Uro vos, ne urar a vobis*. ¡Ah traidores!, os quemó porque no me queméis; os quemó porque no me queméis y me hunda por vuestra causa en las hogueras sempiternas. Así mostraréis que habláis de veras; si no, entendedlo bien, vuestra conversión será de burlas y contrahecha, porque es evidente que no puede pretender en modo alguno vivir lejos de pecado quien le abre de par en par las puertas de su corazón.

prosopopeya.

Anacefaleosis.

SEGUNDA PARTE

VI

DE LAS CAUSAS
por qué no se bu-
yen las ocasiones
próximas en ma-
teria de deshonra-
dad.

Y ¿á qué fin me he cansado y aducido tantos argumentos? Para probar que es á todo hombre muy difícil guardarse y precaverse entre las ocasiones de pecar. ¡Necio de mí!, que ahora advierto que he perdido miserablemente el tiempo. Verdad es ésta la más inculcada de los predicadores y la más sabida de todo el mundo. No hay quien lo ignore, no hay quien no lo experimente. ¿Por qué, pues, no huyen todos los cristianos de semejantes redes y escollos de perdición? Porque tienen estragado el corazón y herido de la dulce pestilencia. Gústales el pecado y se abrasan allí dentro en llamas de concupiscencias bestiales. Y ¿qué hacen los infelices? Correr desalados tras aquellos espectáculos y diversiones que les ofrecen pasto emponzoñado, aunque oculto, donde cebar su pasión desapoderada. Corren á las danzas y saraos, vuelan á las fiestas y regocijos, devoran los libros y papeles, frecuentan las visitas ocasionadas; pero, en realidad de verdad, buscan dónde satisfacer sus mal

Transición por
corrección orato-
ria.

Primera causa.
El corazón co-
rrompido y lujurioso.

comoración,

¹ Crates.

refrenados apetitos y hartar su hambre de placeres. Así que siempre que veáis, oyentes míos, á una persona, sea quien fuere, que se entra voluntariamente en tales sitios de pasatiempo y de placer, decid, sin riesgo de caer en juicio temerario, decid que peca. Si no peca descaradamente con la obra, que sería intolerable desvergüenza, peca con la mirada, peca con los gestos y meneos, peca mayormente con las codicias de su torpe corazón¹. Son, dice Oseas, como un horno encendido, cuyas centellas no saltan porque no pueden, están comprimidas, están ahogadas y sepultadas en el seno; que si pudiesen derramarse fuera sin obstáculo, veríaislas subir á más codos de altura que el incendio de Babilonia: *Incendit quos reperit*².

¿Hay quien se maraville de que hable hoy un lenguaje tan extrañamente severo? ¡Ah ciudad prevaricadora, que ya no se te puede hablar de otra manera! ¿Es posible que no te cubres de vergüenza y confusión al mirarte tan trocada en tus costumbres? ¿Eres tú, por ventura, aquella ciudad tan celebrada, de quien en otro tiempo aprendían los extraños gravedad, asiento, severidad y compostura? ¿Cómo has bastardeado tanto del antiguo rigor y templanza, y dádote á la licencia y desenfreno? En pocos años te has desfigurado, y en tus conversaciones, ya públicas, ya privadas, vas soltándote de suerte que, si Dios no lo remedia, no sé en qué abismos pararás. ¡Cómo te has hecho, ciudad mía (vendrá tiempo en que tendré que exclamar llorando con el profeta Isaías), cómo te has trocado, ciudad mía, en pública ramera, ciudad antes fiel y piadosa, y, lo que más hace para reprimir la liviandad de las costumbres, llena de severidad y justicia! *Quomodo facta est meretrix, civitas fidelis, plena iudicii*³. Porque es así que, en faltando la separación entre las personas en condición y sexo diferentes, revuélvense todas las pasiones atizadas, con el continuo trato y rozamiento. De los charcos donde se juntan y entremezclan todo linaje de horrores é inmundicias, brotan

¹ Omnes adulterio inculverunt, quasi cibanus succensus a coquente. Os., vii, 4 juxta LXX.

² Dan., iii, 48.—³ Is., i, 21.

y similitud. del horno.

Apóstrofe vehementemente de confusión y vergüenza.

prosopopeya de dolor e indignación.

Segunda causa juntarse personas de ambos sexos:

luego olores pestilentes, y se engendran mil insectos y sandijas. ¿Qué ha de salir, pues, del trato y familiaridad continua de personas de todas clases, que están siempre juntas, juntas en casa, juntas en paseo, juntas en la mesa, juntas en el palco, sino vaho de infierno y engendros monstruosos, como de hediondo y revuelto cenagal? Plegue á Dios que sean falsas mis sospechas, pero confirma mis temores; ver la poca cuenta que de esos pecados se hace, por manera que llegan muchos á tenerlos por ligereza y aun por donaire, ó cuando más por enfermedad y flaqueza tan natural al hombre, como al león la fiebre.

por similitud de los charcos y reduplicación.

Transición por optación.

VII

¡Cuántas veces se oyen estas ó semejantes razones: Gran mal un deslíz ó fragilidad en materia de este jaez! Que sean pecados gravísimos la blasfemia, los juramentos, los hurtos, las venganzas, se comprende; pero ¡una flaqueza, mayormente cuando no redunda en daño del prójimo...! Conque ¡es nada una flaqueza de carne! ¡nada los pecados deshonestos! ¡Oh ángeles de Dios, decid, decid si son ó no ¡mal liviano y á la infinita Majestad aborrecibles esos pecados! que tantos cristianos casi menosprecian hoy día! ¿No sois vosotros los que abristeis las cataratas del cielo para descargar en la tierra las aguas del diluvio? Pues decidnos: ¿por qué pecado sino por este abominable y tenido en tan poca cuenta os mandó el Señor que rompíeis los diques del firmamento? Ciertamente, que al anegarse el mundo con aquella espantosa inundación, no faltaban otros géneros de vicios y maldades. Había robos, oíanse blasfemias y juramentos, bramaban las iras y venganzas, reinaban todos los pecados, menos, como nota Santo Tomás, la idolatría. Mas ¿por cuál se desató el diluvio? Por los pecados de la carne. Así lo confirman las Escrituras, así lo atestiguan los doctores. Porque, dice el sagrado Texto, porque toda carne había corrompido su camino: *Omnis quippe caro corripuit viam suam*¹. Si llovió Dios tan grande inundación, fué

Tercera causa. No hacer caso de este vicio abominable. Prolepsis,

ironía.

Expone su grandeza por los efectos.

El diluvio Apóstrofe á los SS. Angeles.

sustentación.

¹ Gen., vi, 12.

para lavar aquella inmundicia, aquel hediondo muladar; ¡tan pestilencial es este vicio, y al Dios de la limpieza tan abominable!

¿Y aun diréis que no es nada una flaqueza de carne, y el amancillar el cuerpo con vilezas? Andad, os ruego, y recoged con la imaginación esa muchedumbre, casi infinita, de cadáveres que veis zabullirse y sobrenadar en ese océano tan dilatado, reunidos, amontonados y horrorizados ante esa pira horrenda que casi toca al cielo, y decid si es ligero el pecado que tan rigurosamente se castiga. Vosotros despreciáis este desorden, porque es desorden, puede decirse, universal y cuasi común á toda suerte de personas. Mas yo digo que, por lo mismo que se ha generalizado tanto, conviene temer más el escarmiento. Mientras se ceñía á pocos este vicio, no vino sobre la tierra un castigo tan espantoso y destructor como el diluvio; vino sólo cuando había contaminado casi á todos esta halagueña é infernal pestilencia.

Pero ¿qué estoy haciendo, oyentes míos muy amados? Hablo y clamo entre vosotros, no de otra suerte que si estuviéseis mancillados con una fealdad, cuyo hábito jamás empañó por ventura el lustre de vuestras almas. ¡Bendito sea Dios, y compadecedme, porque bien sé que los que tienen mayor necesidad, ésos acuden menos á oír la divina palabra. Sin embargo de esto, ¿sabéis lo que hice, desahogándome con vosotros? Como los ofendidos y amargados que, no pudiendo haber á las manos al causador de su mal, se desfogan y enardecen con el primero que encuentran, aunque sea inocente y desconocido.

Pero, volviendo á nuestro propósito, ¿no es cierto, mis amados hermanos, que en las ocasiones de pecar comúnmente presumen los hombres de fuertes é inexpugnables, y que se deleitan y saborean en el vicio, ó al menos hacen poco caso, engañados del demonio con aquel loco pensamiento—qué gran pecado es una fragilidad? Veámoslo y concluyamos.

¿Qué gran pecado es la lujuria y deshonestidad? Éste es el pecado que más embrutece el generoso espíritu del hombre; éste embota el entendimiento y ofusca la imaginación; éste debilita las fuerzas y amortigua la hermosura; éste el

Amplificación por
visión:

a horrenda pira.

Anticipación: Es
vicio general.—
Resp. tanto peor.

Corrección y cos-
tumbres orato-
rias,

por licencia

y comparación.

Otros efectos por
enumeración de

castigos presen-
tes

(repetición)

que más le asemeja en sus apetitos á los brutos animales; éste el que le despoja y arrebatara mayores bienes en menos espacio; éste le roba el tiempo, éste le gasta la hacienda, (graduación) éste le quita la reputación, éste le inquieta el reposo, éste le menoscaba la salud, éste le trastorna el seso y la cordura, éste le priva de la libertad, y, por decirlo todo en pocas palabras, éste es el que acelera más arrebatadamente la muerte temporal y acarrea más ciertamente la eterna del infierno.

No entregues tu alma al vicio de la fornicación en cosa alguna, oíd la voz de Dios que os habla por el Eclesiástico; no entregues tu alma al vicio de la fornicación en cosa alguna, no sea que te pierdas á ti mismo: *Ne des fornicariis animam tuam in ullo, ne perdas te*¹; que no dice perderás tu hacienda, sino á ti mismo para siempre. Y así, velemos, hermanos míos, porque el mayor castigo que puede Dios enviar al hombre, con quien está enojado, es dejarle que se despeñe en la honda sima de la lujuria y liviandad, conforme al dicho del Sabio: Con quien Dios se enojare, caerá en ella: *Cui iratus est Dominus, incidet in eam*². Mas ¿quién de vosotros mostrará deseos de caer en sima tan profunda? Quien se ponga á jugar y entretenerse todo el día junto á la margen del horrible precipicio.

y eternos.

Peroración por
sentencia bíblica
7

Epilogo.

¹ Eccli., ix, 6.—² Prov., xxii, 14.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DÉCIMOSEXTO

¡Ardua empresa, por cierto, acometió nuestro orador! Querer arrancar á sus oyentes de las ocasiones próximas en que viven, es más dificultoso que descuajar una encina ó que pasar una montaña de la otra parte del mar. Porque el objeto ocasionado ase y traba con dulcísima violencia al miserable corazón, y donde está el corazón, ahí está el pensamiento, ahí la imaginación, ahí los sentidos, ahí, finalmente, todo el hombre. ¿Y lo alcanza SÉNERI? No lo sé, ni es necesario que lo alcance para tener esta pieza por cabal en su género; pues una cosa es el **fin** de la elocuencia, y otra muy diferente el **oficio** del orador. El fin es persuadir, como el de la medicina es curar, y el de la táctica militar vencer á los enemigos; mas el oficio del orador es *dicere accommodata ad persuadendum*, como el del médico es aplicar los remedios más convenientes, y el del capitán disponer de las fuerzas en orden á la consecución de la victoria. Mas ello es cierto, que al modo que solemos tener por mal médico al que ordinariamente no da la salud á los enfermos, y por ruin capitán al que siempre va de vencimiento en vencimiento y de derrota en derrota; por la misma causa reputamos por mal orador y que no cumple con su **oficio** al que no alcanza de ordinario el **fin** de la persuasión.

Para alcanzarlo SÉNERI con más seguridad, no combate á todos sus enemigos, es decir, á todos los que viven en ocasiones próximas; mas solamente á los que, temerosos de Dios y de caer en pecado mortal, porfían, no obstante, en vivir entre tales ocasiones. Esta suposición, sobre ser muy hábil y artificiosa, es harto probable en un auditorio que ha oído ya las verdades eternas y recobrado con la confesión la gracia de Dios. Así fijo y determinado el blanco y aislados los enemigos, es casi segura la victoria. ¿Cómo?

Si quisiéramos persuadir á uno que se aparte de la ribera y que no se arroje á vadear un río, ¿que le diríamos? Que la corriente es impetuosa y arrebatada, que él con sus pocas fuerzas no podrá contrastar su empuje, y que si las olas le arrastran ó le sume un remolino, en vano espera que le

ayuden, porque nadie tendrá que le dé la mano; finalmente, le mostraríamos los estragos que ha causado y los muchos que perecieron, víctimas de su temeridad y arrojo.

Estos mismos pasos sigue SÉNERI para desviar á su auditorio de la corriente de las ocasiones. Muéstrales, pues, lo primero, que la **ocasión**, conviene á saber, el objeto delectable presente, **tiene una fuerza terrible**, inmensa, avasalladora. Lo segundo, que ellos, dentro de sí mismos, **no tienen virtud bastante** para resistir. Lo tercero, que fuera de sí, **no pueden contar con los auxilios divinos** ni con la gracia extraordinaria, que sería menester. Esto en la primera parte. Lo cuarto, decláralos en la segunda la extensión funestísima de la **culpa** y vicio deshonesto, y luego la terribilidad de la **pena** con que es castigado, aun en este mundo, por el Dios de la pureza. En la primera parte va quitando á sus oyentes toda **suerte** de arrimos y los deja inermes, solos y desamparados ante el impetu furioso de la ocasión: en la segunda dales un empujón más, los desvía del peligro y los salva. En la primera cíñese á tratar con los temerosos de Dios, que se aventuran más de lo que conviene: en la segunda, con estos y con otros de más ancha y rasgada conciencia, que traen enveiciado y casi podrido el corazón. Por esta causa, en la primera parte habla de las ocasiones de pecar, pero en la segunda del mismo pecado, que es pasar, como dicen los retóricos, de la **hipótesis** á la **tesis**, de lo particular á lo general, donde, conviene á saber, en la tesis, se explaya con más holgura la elocuencia.

Para ese triunfo, ¡qué bien dispone los ánimos en el **Exordio**! Despierta la **atención** con el ejemplo del naufrago; granjéase la **benevolencia** con la buena opinión que muestra tener de su auditorio, y con el recelo de que tornen á perderse y naufragar; hácelos **dóciles** con explicarles el texto sagrado, y con asentar una proposición tan sencilla y categórica, á saber: que «es temeridad arrojarle uno en las ocasiones de pecado, porque sin duda pecará».

La **fuerza persuasiva** de la **Confirmación** nace de la trabazón maravillosa y orden ascendente de los argumentos, del rigor dialéctico, con que maneja el silogismo, el dilema y el entimema, y de la verdad teológica moral de todas sus conclusiones. He aquí la **moral relajada** de los jesuítas: ni una vista desmandada permite á sus oyentes, ni una lectura vana; ni un paso, ni una palabra ociosa.

El **agrado** y **deleite**, que produce, se causa principalmente de la variedad de **similes** y **ejemplos** de que todo el discurso va sembrado. El paralelo entre Judit y Dina es digno de un maestro, aunque, por ventura, algo difuso; y

no hay cosa que tanto corte ó debilite los nervios de la verdadera elocuencia como el vaguear de la fantasía ó las agudezas del ingenio. Nótese, empero, que no hay aquí galas y ornamentos inútiles, ni siquiera traídos *ad delectandum*, para deleitar á los oyentes y hermosear el discurso: los ejemplos que trae, casi todos de la Sagrada Escritura, sirven derechamente *ad probandum*, para probar y convencer, aunque, sin pretenderlo, deleitan en sumo grado. ¿Y qué maravilla, pues el ramaje de los árboles, la corteza y cáscara de los frutos, la cabellera del hombre, los pies, manos, ojos y demás sentidos, que sirven de defensa ó están hechos para nuestra utilidad, son al propio tiempo tan hermosos, que, si se mira á la **belleza**, no parece que pudieran hacerse más lindos y proporcionados; y si á la **utilidad**, no se concibe cosa más á propósito para el fin á que se destinan? Con que, sin duda, aquel será más perfecto orador que mejor sepa hermanar lo útil con lo hermoso y dulce:

*Omne tūlit punctum, qui miscuit ũtile dulci,
Lectorem delectando pariterque monendo*¹:

porque se asemejará más al soberano artífice y Criador del mundo que en todas las obras que hace, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia y de la gloria, siempre junta lo útil con lo hermoso, la solidez del provecho con la dulzura del deleite; y es la causa de ello, que en todo obra **con amor** y **por amor**, pues Dios es caridad, y no hay cosa más útil y fecunda que el amor, ni más gustosa y hermosa que la caridad. Ame de consiguiente, ame mucho á Dios el orador cristiano, y tenga cierto que serán sus razonamientos todos utilísimos y sabrosísimos.

La **moción de los afectos**, aquí tan poderosa, engendrarse, si no me engaño, de la firmeza de los dictámenes, que preceden, y de la brillante amplificación, con que remata la primera parte y mantiene el calor hasta la postrera palabra del discurso. Porque, desde la mitad del párrafo V, donde dice: «Y si es así, como lo es, ¿qué hacéis, hermanos míos? ¿cómo vivís tan embebecidos y descuidados? ¿cómo no echáis de ver que, si no guardáis con vigilancia el atrio, os robarán la casa y moriréis? Harto claro habéis visto que ni en la propia virtud, que os fortalece...» hasta la última sentencia de los Proverbios: «Con quien Dios se enojare, caerá en ella», es decir, en la sima de la lujuria y del infierno, ¿qué es todo ello, repito, sino ardiente peroración compuesta de palabras vivas y agudas, como saetas,

¹ Horat. Epist. ad Pisones, 343-344.

que enherboladas con gracia divina, traspasan el corazón de claro en claro?

Nuestro español Fabio, en el libro octavo de sus Instituciones; capítulo cuarto, trae cuatro modos de amplificar: por **congeries**, por **comparación**, por **incremento** y por **raciocinación**. Los mismos emplea SÉNERI, y por el mismo orden. Comienza por un resumen de los argumentos anteriores; trae después algunos símiles y ejemplos, del que intenta vadear el río ó cruzar una selva de noche; sigue una exhortación por incremento á que arrojen los malos libros y huyan de visitas y tertulias ocasionadas, y pondera luego la idolatría de Salomón, cotejándola con la otra especie de idolatría de los que viven en malos tratos.

Todo esto se endereza á formar buenos **propósitos**, los cuales arranca el orador, primero **indirectamente**, animando á su auditorio á lanzar de sí las malas ocasiones y clamando: «¿Qué hace, pues, ese ídolo en vuestra compañía? Lanzadlo, lanzadlo al punto... Desmenuzad los ídolos, haced pedazos las estatuas...» Segundo, más **directamente** haciendo decir á sus oyentes: *Uro vos, ne urar a vobis.* «¡Ah traidores! (ídolos), os quemó porque no me queméis y me hunda yo por vuestra causa en las hogueras sempiternas.»

Mas ¿de qué aprovecha quitar las **ocasionas**, si queda la **mala afición** dentro del pecho? Eso sería cortar solamente las ramas y dejar intacto el tronco y la raíz. A ésta aplica la segur en la segunda parte, encareciendo con apóstrofes y prosopopeyas vehementes la **fealdad** de la fornicación, y ejercitando actos de **ira**, detestación y lástima, é infundíendoles el **temor de Dios** con la viva representación de los castigos.

Compárese ese discurso con el de Cicerón contra P. Servilio Rulo, donde reprueba la Ley agraria. Ambos pretenden apartar al pueblo de una cosa muy deleitable: Cicerón de un proyecto que halagaba tanto á los Quirites; SÉNERI de las ocasiones de pecar, mil veces más halagüeñas al viciado corazón del hombre. Véase por qué medios tan diferentes se encaminan á su fin, y ambos lo alcanzan. De Cicerón nos consta que ablandó de suerte á los Quirites con el encanto fascinador de su elocuencia, que ellos mismos rechazaron la ley que el tribuno de la plebe les había propuesto. ¡Oh magia del bien decir! ¿Qué fue esto sino persuadir al pueblo romano que no comiese el bocado sabrosísimo, que ya tenía en la boca, y que, á pesar del hambre que le devoraba las entrañas, lo soltase de su bella gracia? Así que la elocuencia de un solo Cicerón pudo más que la autoridad de todo el Senado. Igual triunfo es de creer alcanzaria SÉNERI de sus oyentes, ayudándole, además de la

gracia, el ejemplo admirable de su vida, tan alejado del mundo, tan enfrenado en sus apetitos, tan puro y casto en sus costumbres, que el cardenal Sforzia Pallavicini, de la Compañía de Jesús, formó del nombre *Paulus Segnerius* este lindo anagrama: *Purus angelus es.*—Eres un puro ángel.



DISCURSO DÉCIMOSEPTIMO

CONTRA LOS INGRATOS

Et surrexerunt, et ejecerunt eum extra civitatem, et duxerunt illum usque ad supercillium montis, super quem civitas illorum erat edificata, ut precipitarent eum.

Levantáronse, y le arrojaron de la ciudad, y le llevaron hasta la cima del monte, sobre el cual su ciudad estaba edificada, con ánimo de despeñarle.

LUC., IV, 4-29.

EXORDIO

Ab insinuatione.

AMADOS hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo: escuchad con atención y revestíos de equidad, porque voy á denunciar ante el tribunal de vuestra conciencia cristiana el mayor crimen de la tierra, para que oigáis y sentenciéis. Hablo de la ingratitud de los hombres. Hoy vemos por primera vez en el sagrado Evangelio que hubo en el mundo gente tan desalmada, que tuvo el atrevimiento de poner las manos en nuestro adorable Redentor, y con ejemplo funestísimo arremetieron furiosamente contra él, sujetáronle con afrenta nunca vista, y como á vil prisionero le llevaron á la cumbre de un monte, para despeñarle desde allí.

Propos. Denuncia el mayor crimen de la tierra: LA INGRATITUD.

Prehábase por simple enunciación del hecho.

Pero ¿qué veo? ¿No es éste el celebrado Mesías, deseado por tantos siglos, solicitado con tantas súplicas, atraído de los cielos con tanta violencia de amorosos suspiros? Él es, y no otro, el prometido Mesías. ¿Cómo, pues, así le desconocen los hombres y tan fieramente le maltratan, después

Por las circunstancias de la persona del Redentor.

(dubitación)